

FRANÇOIS VILLON. LA EXISTENCIA COMO FENÓMENO POÉTICO

Tristán Tzara

Traducción: Enrique Flores

Constantemente en el límite del drama y el riesgo, sucesivamente puntuada por caídas y arrepentimientos, aliada a bromas y mistificaciones cuya profundidad de sentimiento raya en la ligereza y el desafío, la vida atormentada de Villon debe el resplandor de su trazo y de su misterio al hecho de haber sido duplicada por la necesidad del poeta de expresarse, con todo detalle, no con ayuda de un comentario, sino con la voz misma de esa ternura interior, foco constante de calor y fraternidad, que, tomándonos por testigos, nos hace al mismo tiempo solidarios de su desamparo. Tan fuerte e insinuante es el valor persuasivo de la poesía de Villon que, a menudo, nos parece tocar un estado de conciencia al desnudo, mientras la desnudez misma de su voz lleva la huella de un dolor que sobrepasa las condiciones temporales en las que surge. Es el particularismo individual de su poesía el que hace que Villon alcance lo universal. A veces, puede ser tan localizado que los detalles se nos escapan. Pero, aunque sean incomprensibles, su verosimilitud está lo bastante fundada como para ofrecer la visión coherente o imaginaria de un mundo firmemente constituido.

Existe un mundo de Villon, un mundo que ha tomado forma a través de su poesía y que se nos impone hasta identificarse con la imagen que nos hacemos de un siglo XV ruidoso y socarrón, erudito y pleitista, burgués y picaresco al mismo tiempo. Sin embargo, el mérito de esa poesía no reside en la creación descriptiva de ese mundo, sino en la puesta a punto de una realidad propiamente poética, que desborda, por lo tanto, las contingencias formales y anecdóticas del medio ambiente.

A fuerza de preguntar qué es la poesía, tendemos a perder de vista el objeto que le es propio: ser significativa sólo en la medida en que es excepcional, única e irremplazable en la escala de valores espirituales. Quiero decir que su eficacia radica en la expresión de su cualidad vivida, incluso si su poder de comunicación no se ajusta rigurosamente a la intención del poeta. Lo importante es que responda a una serie de justificaciones latentes en el espíritu del lector, que, por su parte, se encarga de hacer asumir una interpretación válida al sentido de cada proposición. No hay necesidad de preguntarse cuál era la significación exacta de la poesía de Villon en tal o cual época, porque, aunque el centro de nuestra atención se ha desplazado hoy en día, esta poesía tiene la fuerza suficiente para conmovernos y obligarnos a seguirla hacia una de sus múltiples desembocaduras.

Lo que confiere a toda obra poética la potencia sonora del lejano eco que suscita comienza de alguna manera por una unidad de tono, un feliz encuentro de la experiencia vivida y de su adecuada traducción a un lenguaje que transgrede su valor conceptual. Hay un lenguaje propio de la poesía, pero cada poeta debe ser capaz de inventarlo, de adaptarlo a su conveniencia.

La cuestión que se plantea es la de saber si, una vez reducidos los factores específicos de su trama, es posible descubrir un residuo común en la base de la poesía, como un sentimiento propio de la naturaleza del hombre, como una función latente de su espíritu. ¿En qué medida esta función, ligada al acto de pensar, actúa sobre el hombre? ¿Podría, aislada del conjunto de las actividades mentales, alzarse como un modo de conocimiento...?

En Villon, la simplicidad con que intenta comunicar hechos reales hace más sensibles las súbitas elevaciones de tono en las que sentimos circular ese aliento lírico que escapa a la descripción. Hay, en su poesía, una dirección intencional de su pensamiento hacia un fin que él se asigna: el de convencer al lector, provocar su adhesión a sentimientos y pensamientos, y hay una

parte que se libera de ellos, en estado naciente, por así decirlo, y cuyo centro de gravedad apunta a una más secreta facultad del espíritu que se manifiesta sobre todo en una actividad no sometida al control de la conciencia.

Después de Villon, se registra un intento de definir más explícitamente el género poético. Pero la especialización de ese dominio, tras determinar el régimen de los tabúes poéticos y también el de sus dispositivos formales y sentimentales, hace al mismo tiempo más difícil el reconocimiento de la poesía residual. ¿Se trataba de un esfuerzo de los poetas por aproximarse a lo esencial de la poesía? Siempre que se ha pretendido cultivar lo poético distinguiéndolo de lo prosaico, y articularlo en un sistema limitado, se ha terminado por velar el poder de emoción real de naturaleza poética bajo un fárrago de fórmulas académicas. Algunos poetas, en el curso de la historia, han sabido reducirlas a sus justas dimensiones. Podría decirse que la voluntad práctica de producir obras poéticas mata a la poesía. Ésta no sería, en ese caso, más que un excedente, un rebasamiento, una cualidad añadida a la determinación voluntaria del poeta.

La poesía de Villon participa de un estado de espíritu ingenuo cuya frescura de sentimiento no se ha empañado todavía con las especulaciones intelectuales que no tardaron en aplicársele. Estas últimas, precio de la toma de conciencia de la razón discursiva y paralelas al perfeccionamiento de la ciencia, caracterizan a la era moderna.

Hay que convenir que la poesía de nuestros días, sobre todo después de Verlaine, encuentra en Villon un parentesco que las épocas intermedias difícilmente podían ofrecerle. Esta correspondencia responde, en gran parte, a la búsqueda cada vez más pronunciada de los poetas por situar a un nivel puramente humano los móviles esenciales de un mundo más próximo a la naturaleza del hombre que ese otro mundo hostil que se desarrolla en su detrimento. Es a través de su sensibilidad que el poeta, herido

por la dureza de un presente injusto y caótico, cada vez menos conforme a los deseos y necesidades del hombre, ha buscado en la nostalgia del pasado la imagen proyectada en el porvenir de un mundo paradisiaco desaparecido para siempre. No hay nada de fortuito en ello. La evolución de la poesía a partir de ese movimiento revolucionario que fue el Romanticismo —contrapartida, él mismo, de la Revolución francesa y las ideas de los enciclopedistas— tenía que llevar al poeta a reaccionar, dada la posición singular que ocupaba en la sociedad, contra esa sociedad, por medio de la única arma de que disponía, la de su afectividad. Su rechazo a adherir a las premisas de la sociedad no tenía en vista más que las malas condiciones de ésta. ¿No habían estas últimas cobrado proporciones tales que los principios mismos de la sociedad habían sido sepultados por el peso de la injusticia?

Este resentimiento social se traduce ideológicamente en el rechazo de todas las formas del pensamiento burgués, consideradas como una emanación de la casta en el poder y como uno de sus apoyos, y poéticamente en la fuga ante lo real y la reintroducción masiva de lo fantástico, lo maravilloso y el sueño en la creación poética. Puede decirse que nuestra época, que comenzó con el Romanticismo, se opuso violentamente a la época clásica que la precedió, pero que encontró en la Edad Media un eco válido, del mismo modo que, por encima de la poesía y el arte grecolatinos, se refirió a las épocas bíblicas y protohistóricas para confirmar sus tendencias estéticas hacia una profundización estilizada de lo real perceptible.

La poesía moderna encuentra así uno de los elementos de su mecanismo funcional en la poesía de Villon. Como Baudelaire —en quien se ha querido ver al iniciador de la poesía moderna, porque el reconocimiento del mundo real del que saca su sustancia representa, por su sinceridad, una reacción contra el Romanticismo—, Villon está en el origen de una corriente igualmente moderna de la poesía, esa que, reaccionando contra el amor ro-

mántico de los trovadores, vuelto ya convencional, y contra el formalismo religioso sin contacto con la realidad de su tiempo, anuncia el fin de la Edad Media. Por esta toma de posición realista, y partiendo de los elementos de su vida para alcanzar una visión personal del mundo, Villon dota a la crítica poética de un criterio nuevo. La autenticidad de la poesía será en lo sucesivo una cualidad que radica en el acuerdo valedero y orgánico entre el hecho aprehendido y su trasposición expresada. La poesía será verdadera si el sentimiento que la anima se ha vivido íntimamente, y no si ha resultado de alguna fórmula impuesta. Es necesario, en suma, que el poeta lo haya experimentado de una manera lo bastante intensa como para que su expresión poética le sea naturalmente adecuada.

La poesía de Villon no es solamente una poesía de circunstancia, es sobre todo una poesía *de la* circunstancia. Al decantar la realidad del mundo que lo rodea para extraer de ahí el material de la imagen poética, el poeta moderno le da al fruto vivido un sentido que, como ser particular que es, no deja de centrarse en el contacto primero que ha tenido con él. Si la imagen poética, tal como la entendemos hoy, se debe sobre todo al equilibrio más o menos sutil de dos elementos tomados de esferas alejadas la una de la otra, equilibrio que tiene por designio la constitución de una unidad nueva, superior a la entidad de cada uno de los elementos confrontados y destinada a incorporarse a la totalidad del poema, en Villon la imagen se confunde con la metáfora del lenguaje concretizada en forma de proverbio o de locución. Así puede fundirse más fácilmente en el cuerpo del poema. La función metafórica del lenguaje estaría, de algún modo, en el origen de la imagen poética. Pero, siendo la facultad de invención en el dominio de la palabra hablada una actividad humana asociada al mecanismo del pensar, ¿no habría lugar para deducir, a partir de esa circunstancia, que la función poética está íntimamente ligada al proceso de elaboración del pensamiento?

Mucho más que expresar un sentimiento de la naturaleza exterior al hombre en donde éste se descubra como un reflejo, Villon intentó definir la naturaleza humana en sus vínculos con las sensaciones variadas que se han impreso en el cuerpo del lenguaje para servir a las relaciones entre los hombres. Le falta a Villon, como ya se ha señalado, la facultad de maravillarse ante la naturaleza. No siente la necesidad de contemplarla, necesidad que, caída más o menos en desuso, encontramos en la mayor parte de los poetas de su tiempo. ¿No habría que ver en eso uno de los signos de su estricta sinceridad? El sentimiento que mana, para él, del ahondamiento en la situación humana sólo vale cuando se sitúa ante la única instancia reconocida, la de Villon mismo. Esa profundización, que al parecer excluye cualquier otra emoción por el mundo objetivo, ¿no implica que la totalidad de las preocupaciones relativas a su vida se aplica, en el mismo momento, al mundo tal como se refleja en su conciencia?

Poeta maldito, ciertamente, Villon lo fue a la manera de Verlaine, de Baudelaire, de Rimbaud, de Lautréamont, sus compañeros de sufrimiento, de rebeldía y de miseria. Fue su precursor en ese dominio en que la condición social empuja al poeta, al margen de ésta, a alzarse en una soledad orgullosa y un desafío permanente. Una actitud como ésta, que exige un descenso voluntario en el plano del sufrimiento y una elevación correspondiente en el de la imaginación, dotado este último de virtudes exaltantes, es particularmente apto para hacer aparecer leyendas. En el caso de Villon sería útil, considerando el peso del mito, revisar la imagen simplista que han inventado algunos de sus comentaristas. ¿A qué resabio de moralismo obedecen cuando disculpan a ese “mal chico” que fue Villon, y eso, de una manera condescendiente, en nombre de la obra que dejó? Hay que ver en esa diferencia entre la actividad del poeta y su vida una concepción anticuada pero tenaz, según la cual la poesía es una forma de expresión subordinada a un *métier*. La vida de Villon se

imbrica de tal modo en su obra que no solamente no es posible pensar en una excluyendo a la otra, sino que, interdependientes, iluminándose recíprocamente, aparecen a la distancia como dos caras inseparables de una sola realidad.

Reconocemos en la obra de Villon una característica específicamente moderna: el drama de la adolescencia, la dificultad de adaptarse a las condiciones de la sociedad. ¿En qué momento y gracias a qué fenómenos interviene la orientación del adolescente hacia la vida imaginativa? Allí está el problema de las determinaciones instintivas, que hasta el presente no ha recibido respuesta satisfactoria. Hay que suponer que, movido por un impulso violento, pero difuso, de objetivo indeterminado, el adolescente vacila en internarse en una de las vías que se le abren, donde la magia de la aventura actúa como un llamado liberador. Si, a primera vista, parece que el delirante, el niño, el criminal y el poeta presentan características comunes, sea en el plano de la imaginación, sea en el de la acción, la tentativa que acometen para resolver su desadaptación psíquica choca con dificultades variables. La solución consiste para algunos en crear un mundo a su imagen, lo que a menudo los lleva a organizarse en grupos. ¿Fue una operación de este orden, consecuencia de una revuelta contenida que, poniendo al descubierto, en carne viva, su sensibilidad muy pronto lastimada, susceptible y vulnerable, la que actuó sobre Villon como un mazazo, sin que la alternativa entre el camino de la imaginación y el de la acción se le planteara claramente? El hecho es que pronto van a aparecer estrechamente ligados, completándose el uno al otro, mezclando sus causas y sus efectos hasta convertirse, implícitamente, en reglas de conducta y razones de vida.

Los desórdenes suscitados al término de la ocupación inglesa ofrecían a los jóvenes estudiantes del siglo XV, como toda época de inflación, posibilidades crecientes de dar libre curso a su turbulencia. Se comprende que Villon, buscando una salida a su tem-

peramento espiritual, en oposición a las fuerzas del orden representadas por su entorno, haya encontrado en su compañía disoluta pero pintoresca un eco del sueño de aventura que le servía de visión de mundo. Así, a partir de la afinidad de intereses y sobre la base de una sola voluntad de levantarse contra el mundo que los rodeaba, nacen las asociaciones cerradas, los clanes. Las leyes, los argots, las iniciaciones, los grados jerárquicos de esos grupos atestiguan su similitud con las sociedades secretas de los pueblos primitivos. Citaré el ejemplo de la casta ambulante de los *areoi*, en las Islas Marquesas, formada por lo que hoy llamaríamos actores, saltimbanquis y poetas. Su consagración de orden religioso les permitía todas las licencias, incluso la de matar. Las fuerzas conjugadas de la atracción y de la repulsión que ejercían sobre la población revestían en todo momento el carácter de un terror sagrado. Ese doble movimiento de miedo y de admiración populares debió actuar de una manera semejante, aunque en un grado mucho menor, en el caso de los *coquillards*, cuya historia ha estudiado con tanta fortuna Marcel Schwob. La organización de estos últimos, aunque desprovista de atributos religiosos (pero lo religioso y lo social son, en el primitivo, la expresión de una coacción única), ¿no proviene acaso de un mecanismo común a la formación de los clanes? Ladrones y estafadores, pero también letrados y poetas, poseedores de secretos de la ciencia, iniciados en ritos misteriosos, si los *coquillards* se presentaban a los ojos de la población como seres peligrosos, rodeados de leyendas, para algunos de sus afiliados, como Villon, ese grupo de malhechores correspondía a sus anhelos de liberación total.

En la fase estrictamente individual en que se colocaba su conciencia para buscar un apoyo, ¿qué otro camino hubiera podido tentar la sensibilidad de Villon sino el que suponía la ruptura total con los detentadores del poder? Ya la presencia de una burguesía molesta y odiosa se hace sentir a través de su obra. Si los

románticos evidenciaron lo peyorativo de esa burguesía, Villon no sintió menos su horror. Frente a ella, el pueblo humilde al que le da toda su simpatía estaba lejos no sólo de saber defenderse, sino incluso de conocer la naturaleza de la opresión que sufría. La lucha se instalaba, de nuevo, en el nivel de la persona humana y las responsabilidades individualizadas. Las leyes comenzaban apenas a delimitar su radio su acción, en razón de categorías precisas de sujetos.

Villon se levanta contra la villanía de los hombres, desconoce al sistema del que ellos no son más que los instrumentos. Pero sus llamados a una vida mejor sobre esta tierra tienen como trasfondo la muerte horrible que, sin distinción, tritura a los grandes como a los pequeños. Los atraviesan acentos desgarradores. La ligereza irónica y sonriente, mordiente y cínica, de los sarcasmos que despliega, confiere a sus llamados una dignidad que lo lascivo de su lenguaje no disminuye para nada.

El tono hablado de la poesía de Villon... Sus huellas pueden seguirse, desde entonces, a todo lo largo de la historia poética. Su resonancia repercute en las obras de Verlaine y Apollinaire. Tiene que ver con un sentido amistoso, familiar y confidencial, de un habla sutil y grave, o a veces chistosa, que, a pesar de su despreocupación, o más bien a causa de ella, nos alcanza. El conocimiento del hombre, del hombre que vive enfrentándose a lo real sensible, de sus fronteras y de su entendimiento, marca el fin de la gratuidad en la poesía. El hecho de la realidad no sólo se incorpora al espíritu del poeta, sino que se convierte él mismo en materia poética. Confunde en una unidad dramática el sentido y el signo, el punto de partida y el trayecto recorrido. Así se crea un objeto nuevo: una nueva realidad salida de la realidad circundante toma sitio en medio de los objetos de la sensación.

Con cada poeta, la poesía vuelve a ponerse en cuestión. Si bien cambia de figura y se transforma, también continúa la exploración de elementos continuos por senderos nuevos. Tomada

en la raíz de sus atributos y su esencia, sentimos que fue necesario destruir la idea que nos hacíamos de ella para hacerla renacer de sus cenizas. Pero, a través de conflictos y contradicciones que son también los de la historia, la poesía tiene por papel conducir la experiencia vivida hacia el conocimiento objetivo. El poeta no solamente vive la historia, sino que en parte la determina. Para él, la existencia misma es un fenómeno poético, a la inversa de aquellos para quienes escribir poemas constituye una profesión. Son muchos los que, asumiendo una de estas dos posiciones, han excluido a la otra. Pero, aunque el encauzamiento de las tendencias hacia la invención expresiva o hacia la acción sensible se produce inexorablemente, es a la luz de este encuentro que la poesía recobra su significación profunda. Y ello en virtud de una visión según la cual la poesía escrita no es más que un hito, un paso, un límite indicador en el campo inmenso de la actividad que abraza la vida del poeta. Jamás la coincidencia entre los diferentes tipos de operaciones mentales y afectivas relativas a la vida y a la imaginación fue más natural y ejemplar que en Villon. La poesía es un desbordamiento y una afirmación; desbordamiento del lenguaje, desbordamiento del hecho, afirmación objetiva que actúa sobre el mundo como factor de transformación y enriquecimiento. En esa mezcla de valores en acción recíproca que es la vida artística, el trayecto del espíritu parece duplicar a la vida misma y, por tanto, en la medida en que ésta participa de su paso, dar cuenta de ella del modo más aproximado.

